

el ojo interior

SEMILLAS PARA LA **CONSCIENCIA** CIUDADANA



Distribución Gratuita



AHAD
Consultoría Integral



Promoviendo el compromiso con la Educación, la Salud y la Protección de la Naturaleza

Dirección: **Patricia Meléndez**
 Promoción Cultural: **Alberto Benavides Ganoza**
 Coordinación General: **Franco Castañeda**
 Edición: **David Novoa**
 Distribución: **Aimé Rodríguez**

contacto@elojinterior.org

☎ 9980 786 20

COLABORADORES - 29^{na} Edición - Mayo 2018

María Angélica Matarazzo de Benavides

Historiadora y antropóloga nacida en Brasil, investigadora y escritora, ha realizado destacados trabajos de traducción.

Impulsora del importante proyecto *Jardín Botánico Nacional de Lima*.

www.mariabenavides.com

📘 Un Jardín Botánico para Lima

Alberto Benavides Ganoza

Escritor, promotor cultural y agricultor. Fundó la Escuela Libre Puerto Huamaní en Samaca, Ica. Dirige actualmente la Biblioteca Abraham Valdelomar de Huacachina y el sello editorial del mismo nombre.

escuelalibrepuertoHuamani.com

Jorge Chávez Peralta

Pedagogo y librepensador, escritor especializado en temas de espiritualidad, conocimiento esotérico y educación.

jfchavezperalta@hotmail.com

Pedro Diez Canseco

Comunicador social, lector y articulista melómano.

pedro10canseco@yahoo.com

Luis Eduardo García

Poeta, narrador y periodista. Dirige la Facultad de Comunicaciones de la Universidad Privada del Norte de Trujillo.

sercorriente.blogspot.com

José Bedia – Portada: Portador de Universos

Artista plástico cubano de reconocida trayectoria internacional, cuya obra es inspirada por su interés y experiencia directa con las tradiciones indígenas de las Américas.

Tiraje 10 000 ejemplares



Estar presente

“No sabes nada de la dimensión más importante de la existencia humana: lo sagrado, la quietud, lo informe, lo divino. ¿De qué te sirve ganar todo el mundo si te pierdes a ti mismo?”

Cuando estás presente en este momento

rompes la continuidad de tu historia, del pasado y el futuro.

Entonces surge la verdadera inteligencia,

y también el Amor.

La única manera en la que el Amor puede venir a tu vida

no es a través de la forma,

sino a través de esa espaciosidad interna que es Presencia.

El Amor no tiene forma.

ECKHART TOLLE



Esta edición se hace en concordancia con lo dispuesto por la legislación peruana vigente sobre los derechos de autor, Ley 13714, Art. 69

¿Qué es la limpieza?

Desde la antigüedad, los japoneses han considerado la limpieza algo más que una tarea molesta. En la escuela primaria los propios alumnos se encargan de limpiar las dependencias. Pero he oído decir que en el extranjero no es así.

La limpieza en Japón, además de eliminar la suciedad, tiene connotaciones de limpieza espiritual. Al visitar un templo, uno en seguida se percata del orden que reina en su interior. En cierta medida, ello forma parte de la hospitalidad con que se recibe a las visitas, pero sobre todo se debe a que la realización de la limpieza en sí es uno de los ejercicios más importantes que llevan a cabo los monjes a lo largo de su adiestramiento. Los espacios que conforman el templo deben estar limpios y debidamente ordenados. Recuerdo que durante mi adiestramiento en un templo en Kioto, el superior encargado de mi instrucción me reprendía no solo si me equivocaba en el modo de doblar la ropa sino también en el orden de los pliegues.

Si tenéis la oportunidad de ver a los monjes limpiando en el interior de un templo, no desperdiciéis la ocasión. Los veréis enfrascados en sus tareas en absoluto silencio, vestidos con el samue, la ropa del trabajo. Lo más seguro es que estén rebosantes de vitalidad y hagan buena cara; pues para ellos la limpieza no es algo molesto que deseen evitar o que quieran quitarse de encima cuanto antes. La limpieza no se lleva a cabo para eliminar la suciedad sino como un ejercicio para purificar el espíritu.

Cuentan que un discípulo de Sakyamuni logró alcanzar el nirvana tras barrer incesantemente mientras recitaba una y otra vez: *“Barrer el polvo, quitar la mugre”*.

Lavarse la cara

Además de hablar sobre la limpieza de todo aquello que nos rodea, me gustaría hablar también sobre la higiene personal y la limpieza del alma. Por la mañana, por ejemplo, nada más levantarnos, nos lavamos la cara. Es un hábito común en todos los hogares, pero ¿qué significado tiene esta acción?

El maestro Dogen Zenji (1200-1253) dijo en una ocasión: *“¿Aún no te has lavado la cara? Todas tus acciones son una descortesía”*. Con ello quiso decir que si uno no se lava la cara tras levantarse, todo lo que haga será considerado una falta de respeto.

No nos lavamos la cara porque esté sucia. Lo importante es lavársela, independientemente de que esté limpia o no. No podemos relacionarnos con otras personas sin antes habernos lavado la cara. Purificar el cuerpo y el espíritu forma parte de los modales básicos para entablar contacto con otra persona.

En el templo Eiheiji empleamos un pañuelo de algodón (*tenughi*) de más de dos metros de largo “pañuelo para lavar la cara y las manos” (*senmenjukin*). Con él cubrimos el cuello y las mangas para evitar que



el agua salpique la ropa mientras nos lavamos la cara.

Cuando nos lavamos la cara solo utilizamos el agua que cabe en una palangana. Y con esa agua tenemos suficiente para lavarnos, los dientes, la cara y la cabeza. El agua es un don de la naturaleza, y es imprescindible para el hombre por lo que no se debe malgastar. Aceptamos una pequeña porción de este preciado bien para lavarnos la cara mientras nos sentimos agradecidos a la naturaleza. Como habitualmente no iréis vestido con prendas tradicionales japonesas, no es necesario que utilicéis pañuelos largos, sino que en el hogar podéis emplear toallas de tocador normal. Pero siempre hay que tener presente que el agua no se

debe malgastar. Llenaremos una sola palangana de agua sin dejar el grifo abierto. Tras utilizar la toalla, la aclararemos y la pondremos a secar a sol.

No se debe menospreciar el hecho de lavarse la cara. Hay que ser conscientes de la importancia de las acciones que repetimos a diario y realizarlas con esmero. Es el secreto para mantener el alma limpia.

Cuando nos lavamos la cara nuestra mente se despeja. Es el momento de despertar, no importa cuánto madrugamos. Y sin darnos cuenta, también estaremos purificando nuestro espíritu.

KEISUKE MATSUMOTO,
MONJE ZEN - ESCUELA DE LA TIERRA PURA

Por un Jardín Botánico Nacional



Jardín Botánico de Montreal (Canadá)

María Angélica Matarazzo de Benavides

Con todos los problemas que tiene el Perú en pérdida de biodiversidad y de aguas limpias; y con todos los esfuerzos que se están haciendo para salvar las plantas y limpiar las aguas, uno podría preguntarse cuál es la razón por la cual se quiere hacer un jardín botánico nacional en Lima. ¿Acaso no hay urgencia de atender y remediar problemas más graves? ¿Un jardín botánico va a remediar algunos de los problemas ambientales, sociales y económicos que nos apremian?

Un jardín botánico tiene múltiples funciones, todas ellas dirigidas a plazo mediano y largo a resolver algunos de esos problemas. En un jardín botánico se hace una labor científica de conservación de las plantas que están en riesgo de extinción. Se ayuda a los biólogos como a los botánicos, a los estudiosos de la naturaleza, a obtener la información que necesitan para poder actuar eficientemente contra los peligros que acechan la naturaleza a todo nivel. En un jardín botánico se debe poder encontrar todo

tipo de información científica relacionada con la vegetación a nivel mundial. Y esto incluye opciones de becas para el estudio y para la práctica, y también opciones de trabajo en el país y en el extranjero.

No todo el mundo puede darse el lujo de conocer la ecología de las diferentes regiones de su país. Pero en un jardín botánico encontrará ejemplares de plantas vivas de muchas de esas regiones. También encontrará información impresa en videos y en películas. Y también encontrará información sobre personas e instituciones para ahondar en los conocimientos que le interesan.

Por esos motivos, un grupo de personas amantes de la naturaleza y con el deseo de hacer algo duradero y eficaz para el futuro de nuestro país se han unido en este grupo que llamamos "Asesores y colaboradores del Jardín Botánico Nacional de Lima". Ese grupo se gestó paulatinamente a partir de 2014. En marzo de 2017 se publicaron 2000 dípticos ilustrados con la propuesta del Jardín Botánico de Lima. En ese

momento, no se quiso agregar la palabra "Nacional" a pesar de que en el texto hay muchas referencias a este término. Algunos de nosotros opinamos que colocar "Nacional" era demasiado ambicioso y más allá de nuestras posibilidades. Pero paulatinamente nos dimos cuenta de que sí era necesario agregarle ese término para manifestar nuestro deseo de trabajar a favor de todas las regiones del Perú. Supuestamente, con el tiempo se crearán jardines botánicos en todas las regiones. Pero creemos que para eso se necesitará un ejemplo y quizás un liderazgo de Lima.

Comparemos con otros países: en el Brasil, los jardines botánicos se fueron creando paulatinamente en varias regiones. El más importante hoy en día es el Jardín Botánico de Río de Janeiro, ciudad que fue la capital del Brasil por muchas décadas. Pero el Jardín Botánico de Río de Janeiro no es el más antiguo.

En Colombia hay varios jardines botánicos ; pero

el que tiene más fama es el Jardín Botánico de Medellín, creado independientemente. En Chile, se creó el Jardín Botánico Nacional en Viña del Mar, mucho más extenso e importante que el jardín Botánico de la capital, Santiago. Y en Ecuador, el Jardín Botánico de Guayaquil precedió al jardín Botánico de Quito, recién inaugurado en el 2001. Podemos preguntarnos ¿por qué no pasó algo parecido en el Perú? ¿Por qué Cuzco, Arequipa, Piura no tienen jardines botánicos? En Trujillo hace 10 años la Municipalidad creó un pequeño jardín botánico a diez cuadras de la plaza mayor. Y en Pisac el biólogo cusqueño Felipe Marín Moreno generosamente abrió al público su colección privada de plantas nativas en la propiedad familiar que hoy conservan sus hijos y que lleva por nombre Jardín Botánico y Cactario Felipe Marín Moreno.

Pero ¿en qué consiste un jardín botánico? Consiste en una colección importante de plantas vivas, todas identificadas con su nombre científico, su lugar de origen y la fecha en que fue colocada en el jardín. Esas plantas son monitoreadas anualmente y cada una de ellas debe de tener su historia documentada.

La colección del jardín botánico debe de ser abierta al público y debe estar organizada de tal manera que el público visitante conozca y comprenda el valor de las plantas que se encuentra en ella. El clima de Lima permite que muchas plantas de la costa y de la selva puedan prosperar al aire libre. Pero las plantas de la sierra, con pocas excepciones, deben estar protegidas por lo que se llama un invernadero: una estructura metálica con

vidrio o polietileno que permita la luz solar y proteja de los extremos de calor, de frío o de humedad. Las colecciones de orquídeas que son un gran atractivo para el público suelen cultivarse en un invernadero que se suele llamar orquideario.

Un jardín botánico es una institución científica y educativa. Por consiguiente, debe de tener un laboratorio y debe de tener visitas guiadas y cursos de jardinería y de horticultura para niños y adultos. Debe ser un ambiente acogedor y agradable, con bancas colocadas estratégicamente para disfrutar del paisaje y de la tranquilidad. En una ciudad que tiene mucho tránsito y mucha polución sonora, el jardín botánico es un oasis de paz.

En un buen jardín botánico se realizan eventos a todo nivel: exposiciones de plantas y de arte; conciertos de música clásica o popular; espectáculos infantiles. No debe faltar un restaurante, una cafetería, una tienda de recuerdos y venta de plantas, libros y revistas de botánica. En la sala de lectura se encontrarán las publicaciones de instituciones botánicas nacionales y extranjeras.

¿Cómo se puede lograr que Lima tenga un jardín botánico nacional?

Se estima que en el mundo existen 1500 jardines botánicos. La gran mayoría han sido creados por instituciones gubernamentales: por una municipalidad, por una institución de Estado, por una universidad pública. También hay casos excepcionales de jardines que han sido donados por algún mecenas, quien ha proporcionado simultáneamente una fundación que lo financiara. En el caso de Lima, una institución del gobierno debería tener la responsabilidad de gestionar la

creación de un jardín botánico y los fondos públicos y privados para su creación y mantenimiento. Nuestra campaña está justamente dirigida a esta finalidad: lograr que los poderes públicos comprendan la importancia y la utilidad de un Jardín Botánico Nacional en Lima para prestigio de la ciudad y de la nación, y para el beneficio de las generaciones venideras.

Recordaremos que así como es costosa la creación de un jardín botánico, también es costoso mantenerlo. Es mucho más caro mantener un jardín botánico que un museo, porque las plantas necesitan constantes cuidados. Siempre hay plantas que mueren y tienen que ser reemplazadas con otras, lo que requiere que cada jardín botánico mantenga su propio vivero.

Nosotros queremos que el Jardín Botánico Nacional de Lima tenga la mayor cantidad posible de plantas nativas del Perú. Eso no significa que despreciemos las plantas de otros países y de otros continentes. La naturaleza es una sola y no admite divisiones políticas y arbitrarias. Pero cada país está en la obligación de cuidar y mantener su patrimonio vegetal que es la fuente de vida.

Recordemos que más de 97 % de la biomasa del planeta es vegetal. La vida animal, y entre ella los seres humanos, conformamos menos del 3 % de la biomasa del planeta Tierra. Ocuparnos e interesarnos por la vegetación es sinónimo de ocuparnos de la vida misma.

info@jardinbotanicodelima.com

Un Jardín Botánico para Lima



Real Jardín Botánico de Kew (Londres)

**DOS HOMBRES MIRAN A TRAVÉS DE LOS BARROTES DE UNA PRISIÓN.
UNO VE EL BARRO, OTRO LAS ESTRELLAS – DICHO SUFI**



La respiración

La vida es respirar. Respirar es vivir. Según los textos de meditación, respiramos 21.600 veces al día. Esta capacidad para respirar está directamente relacionada con nuestra energía vital. La respiración distribuye la energía vital a través de todo el cuerpo. A lo largo del periodo de nuestra vida, la respiración disminuye lentamente. Lo que hacemos, cómo vivimos, qué comemos, cómo nos ejercitamos y el tipo de relaciones que mantenemos afectan obviamente a nuestra salud, a la respiración y cómo la gestionamos es un aspecto esencial de la vida.

La respiración tiene un efecto directo en el estado de ánimo. De hecho, según textos médicos tibetanos, las anomalías de la respiración pueden producir estados mentales inestables. Todos sabemos que el flujo de oxígeno y la oxigenación de la sangre están directamente relacionados con la buena salud. Sentirse algo abatido y letárgico puede ser resultado de una falta de buen flujo sanguíneo, es decir, de oxígeno.

Prestar atención a la respiración, al espirar e inspirar, es muy beneficioso para el cuerpo y la mente. Ayuda a desintoxicar la mente de estrés, pensamientos y emociones negativas, incluyendo el remordimiento. La respiración es como las olas del mar que ayudan a que el agua circule de manera que no se quede estancada. Por ello, cuando prestamos atención a la respiración nos trasladamos automáticamente al presente. Eso despeja nuestro estado mental.

Por lo general, nuestro estado mental se congestiona porque pensamos en el pasado o el futuro. Si nuestra mente queda atrapada en el pasado, está señalando

en una dirección retrospectiva y se siente sombría o taciturna. Si percibimos que el pasado es lo más destacado de nuestra vida, los sucesos subsecuentes adoptan un carácter deprimente, pues da la impresión de que las cosas no hacen sino empeorar. En otras ocasiones, pensar demasiado en el pasado aporta remordimientos. Nos sentimos mal por algo que hicimos.

Por el contrario, si nuestra mente está en el futuro podemos quedar atrapados en una fantasía de esperanza que nos proporcione una falsa sensación de optimismo y menoscabe lo que estamos haciendo en ese momento. Pensar demasiado en el futuro también puede provocar preocupación y ansiedad porque no sabemos qué sucederá. La incertidumbre llega acompañada de intranquilidad.

Reflexionar acerca del pasado puede ayudarnos, claro está, a comprender cómo hicimos lo que hicimos y cómo hacerlo mejor en el momento presente. El futuro es importante en términos de proyectar hacia adelante nuestras aspiraciones. Pero eso nos conduce de vuelta al presente, porque ahí es donde podemos colmar nuestras aspiraciones.

Los sucesos pasados se fueron y el futuro todavía debe suceder. Solo podemos vivir nuestra vida en el presente. El presente es la palanca de mando que controla el momento y por tanto la dirección que toma nuestra vida. Estar presente con la respiración es el medio más efectivo de estar en el presente. Nos conecta con la realidad por completo.

Poder reconocer la respiración y luego apreciarla, implicarse íntimamente en el proceso respiratorio, es una clave de la meditación y de correr. La respiración es como la verde hierba de la tierra sobre la que nos encontramos. A menudo somos inconscientes de dónde estamos. Así que al principio, muchos meditadores tienen dificultades para hallar la respiración y apreciarla. O bien nos distraemos con los pensamientos o nos parece que estar pendientes de la respiración resulta aburrido.

La práctica de la meditación es la práctica de desarrollar interés y aprecio por nuestra respiración. Cuando lo hacemos estamos demostrando interés en nosotros mismos, en nuestro bienestar y nuestra energía vital. Desarrollamos la capacidad de demostrar interés en nuestra propia vida y en lo que hacemos. Por eso sentimos de inmediato los beneficios de la meditación: simplemente percibimos más la vida, le prestamos más atención y la apreciamos más.

Al principio, cuando los practicantes de meditación descubren su respiración, esta es superficial. Al alcanzar cierta pericia en la técnica, se hace más profunda la cualidad de su respiración. La fortaleza y relajación resultantes empiezan a permear todo su cuerpo.

De la misma manera, cuando la gente empieza a correr, su respiración es superficial. Los corredores primerizos suelen tender a contener la respiración o a utilizar únicamente una parte de sus pulmones. Cuando nuestra respiración se torna dura y rápida, podemos agobiarnos. No estamos familiarizados con la respiración rápida porque nunca la hemos experimentado con anterioridad. Al empezar a correr más, aprendemos a relajarnos con la respiración. Eso es algo que puede lograrse respirando hondo.

Cuando empezamos a acumular cierta experiencia como corredores, nos damos cuenta de que el cuerpo humano está diseñado para respirar. De hecho, gran parte de nuestra fisiología está centrada en la respiración. Nuestros pulmones ocupan el torso y la espalda. El balanceo de brazos y piernas bombea el aire.

Si cultivamos una relación con la respiración, dejamos de tener que luchar con ella. Es algo que los corredores saben intuitivamente. Al familiarizarnos con el proceso de respirar estamos sobre todo estableciendo una relación con los aspectos más elementales de estar vivos. En la meditación, trasladar la atención a la respiración aparta a la mente de ensoñaciones, preocupaciones, pensamientos y fantasías. Ofrece a la mente algo saludable para hacer.

**SAKYONG MIPHAM,
LAMA DEL LINAJE KAGYU Y ÑINGMA -
BUDISMO TIBETANO**

El mal del hombre

Jorge Chávez Peralta

No hay pobreza, salvo en el deseo.

Sentencia budista

Cuando Buda enseñaba que la causa de todo sufrimiento es el deseo y Jesús advertía que ningún rico podrá entrar en el "reino de los cielos", ambos Maestros se referían a la debilidad humana más atávica y difícil de superar: la codicia.

La codicia es la hipertrofia del deseo, la ambición exagerada, monstruosa, tantálica. En la mitología arcaica, Lucifer encarna la soberbia y el deseo por el poder, causa de la caída prehumana; Adán, al sucumbir a la tentación por conocer "el fruto prohibido", incurrió en una debilidad semejante; Macbeth encarna la ambición hasta el crimen; Gengis Khan, Alejandro, Atila, Napoleón, Hitler fueron algunos de los tantos conquistadores de pueblos para quienes ninguna frontera les resultó suficiente; Ford, Rockefeller, Onassis, apenas tres nombres de una estirpe de magnates que nunca se cansaron de aumentar sus fortunas incalculables. Pero la señora codicia no siempre luce tan magníficamente ataviada. También la sufre -y acaso con mayor intensidad- el que se esfuerza por el poder o la fama esquiva y por eso se obliga a caminar encubierta, a desplazarse trazando una línea zigzagueante para evitar los riesgos de una conducta antiética.

Existe un límite difuso entre aspiración -el deseo legítimo- y la codicia como debilidad psicológica. Ocurre, porque es normal el esfuerzo por lograr en la vida objetivos materiales, intelectuales y un estatus social, con mayor razón si nos ha tocado vivir en una sociedad eminentemente competitiva. Sin embargo, lo curioso de la naturaleza humana es que nunca reconocemos el límite ante el cual conviene detenerse para no pisar el área movidiza y peligrosa de la codicia. Ya inoculó su ponzoña en el hombre rico cuando se empecina en ser millonario y, después, multimillonario; se advierte en el ansia del político cuando, una vez saboreado el poder, emprende una "carrera" que -sueña- debe culminar en el sillón presidencial y -ya se ha visto- en la reelección (por las buenas o por las malas); desvela al deportista, al intelectual, al artista cuando no se contenta con lo alcanzado sino que alimenta en secreto el récord imbatible, la obra perfecta, el reconocimiento unánime,

la celebridad, el laurel inmarcesible; sutilmente la disimula el sacerdote que sueña con la más alta prelatura y el místico cuando espera que su vida ascética lo conduzca a la santidad, a la iluminación, a la recompensa del cielo, a sentarse a la diestra de Dios.

La codicia no conoce límites, es adictiva e hipnotizante. Como una droga, su tremendo poder obnubila hasta la insensatez. Al esclavo de una mente codiciosa no le importa sacrificar salud, familia; ni el disfrute intelectual, estético o del ocio. La codicia atormenta como una manía, una especie de locura que somete al hombre en función de un objetivo y, en no pocos casos, lo arrastra por caminos vedados. La experiencia ha demostrado que detrás de toda gran fortuna, del exceso del poder y de la fama casi siempre se esconde algo turbio, inconfesable. El codicioso, si su buena estrella lo libra de sufrir enfermedades crónicas, vicios, escándalos o de una muerte prematura, nunca se librará de vivir olvidado de sí (el más grande pecado). Con el desasosiego de aumentar lo ganado, celoso de sus émulos y temeroso de perderlo todo. Vive rodeado de lujos, de una corte de adulones -a quienes él también utiliza-, pero jamás conocerá el sabor de la felicidad auténtica: el amor, la amistad, la paz interior, el disfrute pleno de la existencia.

¿Por qué todos somos -en mayor o menor medida- codiciosos?

¿Cuál es la causa de la enfermedad? Habría un factor exógeno de naturaleza social: el sentido de competitividad que se nos ha inculcado desde el hogar y la escuela. Se nos ha enseñado a admirar a los ricos, a los poderosos, a los famosos, y muy poco los valores de dignidad, honestidad y decencia. "Tener, antes que ser" pareciera ser la consigna de vida en una sociedad, paradójicamente, cristiana. El factor endógeno es de naturaleza psicológica: el sentimiento de vacuidad que ocupa la parte correspondiente al Ser. El hombre exitoso ignora que su ansia de acumular y de brillar se debe, precisamente, a su pobreza interior; que su necesidad de riqueza material y de poder es solo un recurso compensatorio para cubrir su indigencia ontológica. Por un impulso inconsciente pretende llenar esa vacuidad atiborrándose de todo lo que puede comprar con dinero o conseguir con el poder (el pobre con mentalidad codiciosa hace lo mismo, aunque con cosas y entretenimientos baratos); pero el vacío del Ser es un abismo insondable y ninguna

medida le será suficiente: el vacío aumentará en la misma proporción que acumula. ¿El resultado? El frenesí tantálico, la tortura sisifisiana.

¿Existe una salida para trascender la codicia? Algunas filosofías -el estoicismo, por ejemplo- y religiones han ofrecido alternativas, sin embargo, no importa si filosofía o religión, exige una voluntad heroica. El cristianismo prístino recomendaba la renuncia al "mundo", es decir, la práctica del desapego consciente y radical de toda atadura material y psicológica, como condición indispensable para acceder al Reino de los Cielos (el estado de inocencia, de pureza, de bienaventuranza). Jesús fue meridianamente claro al respecto: "Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo" (*Lucas, 14:33*). El budismo la anula básicamente mediante la meditación y las "contemplaciones irradiantes" (*jhana*). Si la codicia es solo un deseo exacerbado y el deseo es un movimiento, una alteración de la mente (un complejo de recuerdos, sensaciones, emociones, pensamientos) que conducen al sufrimiento, el problema queda resuelto cuando la mente se aquieta, se conoce a sí misma y, al convertirse en consciencia pura, se libera de toda ignorancia y carga de deseo. El estado de no-mente acarrea la muerte del falso yo, del ego, el consejero oculto que nos reclama notoriedad, y permite entrar a la mente de Buda: el vacío esencial (*sunyata*), el Despertar, la Iluminación.

Bhagwan Shree Rajneesh (Osho), el maestro espiritual más revolucionario y controvertido del siglo XX, propone otra forma de meditación. Consiste en observar con objetividad, sin censura, a la manera de un testigo imparcial, esa vacuidad que ocupa el lugar del Ser; cómo reclama dinero, poder, halagos, caprichos; cómo nos domina y esclaviza; debemos admitir cuánta ansiedad y sufrimiento nos produce. Si aprendemos a convivir con la codicia, a ser conscientes de sus reclamos, de su necedad y de su terrible poder hipnótico, en algún momento se producirá el milagro: la vacuidad se convertirá en Vacío Pleno; la mente quedará en silencio y pasiva; el ego habrá desaparecido y, con él, la legión de demandas. Esta experiencia, posible de lograr con muchísimo esfuerzo, nos puede liberar definitivamente de todo deseo, incluso el de Dios.

¿Quién alimenta realmente al mundo?



La agricultura industrial no es un sistema de conocimiento basado en el entendimiento de los procesos ecológicos que hay dentro de un agroecosistema: es más bien un compendio de herramientas violentas que antes fueron, literalmente, productos para la guerra y se apoyaron en aditivos agroquímicos diseñados, en origen, para matar gente.

¿Quién alimenta al mundo en realidad? Una vez más tenemos que preguntarnos qué queremos decir con “alimento” y qué queremos decir con “mundo”. Si el alimento constituye el tejido de la vida, la moneda de cambio de la vida -nuestro nutriente, nuestras células, nuestra sangre, nuestro cerebro, nuestra cultura y nuestra identidad- y el mundo es Gaia -nuestro planeta, rico y vivo, nuestra Madre Tierra, que vibra con una enorme variedad de seres y ecosistemas, con multitud de pueblos y culturas-, entonces lo que alimenta al mundo es la contribución a la biodiversidad, la compasión, los conocimientos y el saber hacer de los pequeños agricultores. Mis propias investigaciones y la experiencia vivida en los últimos treinta años me han enseñado que la respuesta a esa pregunta sobre el alimento no se encuentra en el cultivo industrial, sino en la agroecología y en la explotación agrícola ecológica. El alimento se produce gracias al suelo, la semilla, el sol, el agua y el agricultor, por la interacción de todos ellos. El alimento representa una serie de relaciones ecológicas, y el conocimiento de la ciencia de esas interacciones e interconexiones que propician su obtención se llama agroecología. La agroecología es lo que nos alimenta.

Un suelo fértil es la base de la producción de los alimentos. La fertilidad del suelo la propician miles de millones de organismos que viven en él y que se unen para conformar otro tejido, el del alimento del suelo. La biodiversidad y los sustratos ricos en materia orgánica son el mejor aliado para adaptarse al clima y preservar el agua. El agua es fundamental para el sustrato vivo del suelo, y una actividad agrícola orgánica contribuye a preservarla porque incrementa la capacidad del suelo para almacenarla mediante el reciclaje de la materia orgánica. El suelo se convierte en algo parecido a una esponja, capaz de absorber el agua, con lo que se reduce el consumo y mejora la resiliencia ante el cambio climático. Un suelo vivo es lo que nos alimenta.

Los polinizadores, como las mariposas, llevan el polen de una planta a otra y en ese proceso las fertilizan. Sin polinizadores las plantas no pueden reproducirse. Los polinizadores son los que nos alimentan.

Alimentar al planeta supone preservar la integridad y diversidad del tejido alimentario: del suelo a los

océanos, de los microorganismos a los mamíferos, de las plantas a los seres humanos. El sistema alimentario no es algo externo a la naturaleza y a la Tierra: se basa en procesos ecológicos a través de los cuales el planeta crea, mantiene y renueva la vida. El planeta es algo vivo, y su moneda de cambio es la vida, es el alimento. Como nos recuerda el antiguo texto hindú Taittiriya Upanishad: "Todo es alimento. Todo sirve de alimento a otro ser". La naturaleza, al contrario de lo que nos dice la agricultura industrial, está muy viva, y su diversidad es lo que nos alimenta. Los agricultores cultivan plantas y guardan las semillas, conservan el suelo y lo construyen, preservan el agua y la mantienen. Los agricultores producen alimentos. Utilizando solo un 30% de los recursos mundiales los pequeños agricultores proporcionan al planeta un 70% del alimento que se consume. Los pequeños agricultores y ganaderos, las explotaciones agrícolas familiares y los hortelanos son los que alimentan al mundo.

Las semillas son el primer eslabón de la cadena alimentaria. Sin semillas no hay alimentos. Si no hay una diversidad de semillas, no hay diversidad de alimentos y nutrientes, algo fundamental para la salud. Sin diversidad de semillas, no se genera resiliencia ante los cambios climáticos en momentos de alteraciones e inestabilidad. Las semillas son lo que nos alimenta.

Los alimentos no son producto de consumo: no son perfumes ni joyas que se pueden vender en cualquier parte del mundo. Cada ser vivo se relaciona con el alimento de una manera que puede ser diferente al resto, y cada cultura, cada zona geográfica producen sus propios alimentos. Y dado que todo el mundo tiene que comer, la soberanía de los alimentos autóctonos es clave para la seguridad en la alimentación. La localización es lo que nos alimenta.

Aprovechar las semillas, la biodiversidad, el suelo y el agua como nos dicen las leyes de la naturaleza y la ecología es la base de la producción de alimentos. Este conocimiento y su puesta en práctica han estado tradicionalmente en manos de las mujeres, que son la mayoría entre los productores de alimentos del mundo. Las mujeres son quienes nos alimentan.

El alimento es vida, y se crea mediante una serie de procesos vivos que sostiene esa vida. En la agricultura, en la producción de alimentos, la naturaleza y sus leyes son prioritarias. Violar estas leyes y sobrepasar los límites de la capacidad de renovación de la naturaleza, de las semillas y el suelo, del agua y la energía, es la receta perfecta para llegar a la inseguridad en la alimentación y a futuras hambrunas. Regenerar la economía natural, sin embargo, como hace la agricultura ecológica, permite producir más y mejores alimentos, contribuyendo a la salud y el bienestar de las

comunidades. Cuidar la tierra y alimentar a la gente son dos procesos que van de la mano.

La necesidad de alimentar a los habitantes del planeta abre dos de los principales interrogantes de nuestro tiempo. El tema de la alimentación es una cuestión de ética en nuestra relación con la Tierra y con las demás especies: ¿es correcto llevar a ciertas especies a la extinción, o negar a un gran número de miembros de la familia humana su derecho a recibir una alimentación segura, saludable y nutritiva? Es también una cuestión ecológica: ¿vivirán los seres humanos como miembros de la Comunidad de la Tierra, o también nos abocaremos a la extinción destruyendo los cimientos ecológicos de la agricultura? Y es una cuestión cultural relacionada con el significado que damos a la comida, con nuestra identidad y nuestro sentido del lugar y del arraigo.

Alimentar a la gente es cuestión de conocimientos. ¿Vamos a seguir aplicando un paradigma destructivo, reduccionista y mecánico, tratando a las semillas y al suelo como materia inerte, como simples máquinas que pueden manipularse y envenenarse? ¿O vamos a empezar a pensar en las semillas y el suelo como sistemas vivos, que se organizan y se renuevan solos y que pueden proporcionarnos alimentos sin necesidad de recurrir a químicos y tóxicos? Es también una cuestión de conocimientos en otro ámbito: ¿vamos a dar crédito a tantos siglos de agricultura basada en la experiencia de los campesinos, agricultores y ganaderos, o vamos a creer que son todos unos ignorantes porque no han ido a la universidad?

La cuestión de la alimentación es, además, un tema económico. Supone preguntarse si los pobres comen o tienen hambre, si los impuestos se destinan a sufragar un sistema alimentario que no es saludable ni sostenible, si las semillas son un bien común o propiedad privada en virtud de una patente que pertenece a una corporación. Y sobre la distribución de los alimentos, si se hace basándose en los principios de justicia, equidad y soberanía o en las reglas, injustas, de eso que se llama "libre mercado". Cuando fui consciente de lo engañoso, falso incluso, que era el sistema agrícola dominante, decidí hacer algo al respecto: dediqué mi vida a guardar semillas y a promover la agricultura ecológica y orgánica. En lugar de incrementar la aplicación de capital y productos químicos, que era lo que estaba llevando al endeudamiento a nuestros pequeños agricultores, me empeñé en mejorar los procesos ecológicos y de biodiversidad y a trabajar en sintonía con la naturaleza en lugar de entrar en guerra con ella.

En 1987 puse en marcha Navdanya, un movimiento destinado a guardar semillas, proteger la biodiversidad y promover métodos de agricultura ecológica. Hemos contribuido a crear más de un

centenar de bancos de semillas que han dado a los agricultores acceso franco a esas semillas: ese es el camino para obtener cosechas nutritivas y llenas de sabor sin ayuda de aditivos, con lo que hemos logrado mejorar su propia alimentación e incrementar sus ingresos. Estos bancos de semillas han salvado a los agricultores en momentos en los que las condiciones climáticas fueron extremas, provocando sequías, inundaciones o ciclones. Comenzamos guardando y compartiendo semillas y ahora compartimos las semillas del conocimiento de la agroecología. Gracias a la Universidad de la Tierra podemos difundir ideas y prácticas que tienen que ver con las semillas vivas, el suelo vivo, el alimento vivo, las economías vivas y las democracias vivas. Practicando una agricultura ecológica, basada en la biodiversidad, enseñamos cómo puede cultivarse lo que será un alimento saludable y abundante, cómo puede trabajarse la tierra para mejorar la fertilidad del suelo, aumentar la biodiversidad, preservar el agua y reducir los gases con efecto invernadero que influyen en el cambio climático.

La competición entre estos dos paradigmas de la alimentación es la competición entre dos ideas, entre dos principios organizativos. Un paradigma se basa en la Ley de Explotación y la Ley de Dominación, que comienza con las guerras y está arraigado en la violencia. El otro tiene que ver con la agroecología y las economías vivas, y se basa en la Ley de Devolución: lo que se devuelve a la sociedad, a los pequeños agricultores y a la Tierra. Representa los valores de la colaboración y el cuidado, y no los del egoísmo y la codicia. Hoy se impone un cambio de paradigma para supervivencia global, que no puede posponerse más.

Necesitamos un cambio de paradigma y un cambio de poderes. Llamamos a un cambio generalizado.

La agricultura industrial a la que ha dado lugar la avaricia de las grandes corporaciones no nos proporcionará -porque no puede hacerlo- sostenibilidad ni salud. Pero podemos hacer el tránsito a la agroecología, y alimentarnos con nuestros propios medios y en abundancia, si nos centramos en guardar las semillas y devolvérselas al suelo, cultivar la biodiversidad y proteger a nuestros pequeños agricultores y a las mujeres de la Tierra. Tenemos que detener el empobrecimiento de nuestro hermoso planeta. En nuestras manos está sembrar la semilla de la esperanza para conseguir un sistema alimentario que trabaje para el planeta, su bienestar y el de sus habitantes.

**VANDANA SHIVA, FÍSICA Y ACTIVISTA AMBIENTAL,
PROMUEVE LA JUSTICIA ECONÓMICA,
ALIMENTARIA Y DE GÉNERO**

El Perú real e imaginado

Luis Eduardo García

¿Cómo hemos imaginado el Perú los peruanos? Para responder a esta pregunta hay que responder primero otra: ¿cómo lo imaginaron los otros, los que no vivían en estos territorios imprecisos y no tenían ni idea del alma errante y ni del principio espiritual que podría formarse aquí?

El Perú nació como una utopía en el siglo XVI, un lugar pródigo que, por la abundancia de su oro y perlas, más parecía un producto de la imaginación que de la realidad. Era también un sustantivo impreciso. Los españoles que vivían en Panamá en la primera mitad del siglo XVI lo asociaban a una persona, a un lugar y a una leyenda. Birú era la palabra con que llamaban indistintamente a un cacique de las tierras del sur y a un lugar lleno de riquezas.

El paso del tiempo fue descubriendo qué era en verdad ese lugar codiciado por los buscadores de tesoros y afán de conquista. El nombre a su vez, quizás conforme se disipaba la nebulosa de la codicia, fue mutando a Pirú y más tarde a Perú, que es finalmente el nombre que se usó en adelante para llamar al territorio de los incas.

Nuevas y bien documentadas indagaciones históricas han demostrado que antes de que Pizarro y sus socios pusieran un pie en tierras peruanas vía el Pacífico, un grupo de soldados portugueses encabezado por Alejo García llegó por tierra al Tahuantinsuyo vía Paraguay. En ese lugar, García oyó hablar a los nativos de la Sierra de la Plata, que no era otro que el Tahuantinsuyo. Los datos históricos informan que llegó hasta Bolivia y capturó la fortaleza de Cuscotuyo, hasta que Huayna Cápac, que por entonces se hallaba en Quito, ordenó su inmediata recuperación al general Yasca. Derrotados, los portugueses regresaron a Paraguay y la historia, en cierta forma, los olvidó, igual que el nombre que le pusieron al lugar: "El país de los caracaraes". Esto quiere decir que el Perú fue "descubierto" por el levante (este) y no por el poniente (oeste), y que lo hicieron los portugueses y no los españoles.

Los antiguos peruanos habían domesticado plantas silvestres, subido mediante ingeniosos mecanismos de ingeniería el agua a las montañas, levantado muros con piedras gigantes, ideado un sistema de caminos que cubría los cuatro puntos cardinales e impuesto progresivamente una lengua para homogenizar su dominio.

Desde tiempos remotos se impuso la visión del "poniente", la del país costero, rico, centralista y

hegemónico. La otra visión, la andina, la del "levante", la que venía del centro mismo de sus entrañas fue olvidada por desconocimiento y por desinterés. Es verdad que ni Pizarro y sus socios ni García y sus huestes se lo propusieron, pero esa es finalmente la estructura de país que heredamos. De allí nació el dilema en el que nos hemos movido hasta hoy: centro y periferia, atraso y modernidad, riqueza y pobreza, sierra y costa, indios y blancos.

Las viejas ópticas del "levante", el "poniente" y otras que los cambios sociales han impulsado permanecieron en el tiempo, en el sustrato de las ideas que buscaron consolidar la idea de patria, nación y Estado. En realidad, los peruanos comenzamos a imaginar el Perú a partir de la idea de la República como consecuencia de la Independencia. Es allí donde empiezan los viajes en busca de nosotros mismos, del verdadero Perú, y es allí también donde comienzan los dilemas para entender a este país de "desconcertadas gentes".

En la concepción independentista, el destino inmediato del Perú se expresó en dos corrientes contrapuestas. Por un lado, San Martín, quien defendía un estado monárquico; y por otro, Bolívar, quien era partidario del régimen republicano. En ambos casos, jamás, pese a las nobles aspiraciones ideológicas de los dos libertadores, se tuvo en cuenta al país estructural, ese que se le llama ahora con cierto tono consolador y compasivo "profundo". Tanto San Martín como Bolívar fueron en esencia hombres de acción y tenían del Perú una idea muy abstracta.

Posteriormente, fueron criollos como los miembros de la Sociedad de Amantes del País, los que pensaron el país con la misma visión excluyente que la de sus predecesores. Pero no fue sino hasta los siglos XIX y XX cuando se generaron ideas más sistemáticas y vigorosas sobre la realidad peruana. Intelectuales y políticos como Manuel González Prada, José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaúnde y José Carlos Mariátegui plantearon tesis socio-políticas cuyos fines eran interpretar correctamente la realidad. Su mérito consiste no solo en haber desarrollado un pensamiento propio, sino también en haberse vinculado de manera apasionada con el país que les tocó vivir.

A fines de los 40 del siglo XIX, las migraciones del campo a la ciudad transformaron el rostro del país y, por lo mismo, plantearon un nuevo desafío a los

pensadores, sobre todo a los científicos sociales. Estos introdujeron las nociones de "choledad" y "Perú mestizo", que resultaron insuficientes para entender los cambios. En 1984, José Matos Mar sostuvo que en el Perú ocurría un "desborde popular" de los límites normativos e institucionales del Perú formal.

Dos años después, un economista, Hernando de Soto, completó en cierta forma la tesis de Matos Mar. Su punto de vista, de corte liberal, planteó la idea de que en el Perú existía una economía "informal" sostenida por pequeñas unidades productivas no registradas legalmente que habían creado su propia economía de mercado en paralelo a las actividades formales. Las principales causas de este fenómeno eran la profunda indiferencia del Estado con respecto a los sectores sociales periféricos y a los altos costos burocráticos que debían pagar quienes deseaban ser "formales". En el 2007, otro economista, Francisco Durand, recogió los planteamientos de José Matos Mar y Hernando de Soto y agregó que el Perú estaba "fracturado" por fisuras horizontales (campo/ciudad, ricos/pobres) y por brechas verticales (economía formal, economía informal y economía delictiva) que lo conducían a la cultura de la "transgresión", lo cual ponía en riesgo la construcción de un estado inclusivo.

Al Perú lo hemos imaginado individual y socialmente. En su estupendo libro *Ciudadanos sin República*, el politólogo Alberto Vergara sostiene que en la construcción del desarrollo social peruano contemporáneo han competido históricamente cuatro proyectos: el republicano, el socialista, el corporativista y el neoliberal. Ha habido, es cierto, otro tipo de promesas, pero no han tenido mayor gravitación.

Las promesas socialista y corporativista (el Apra y el velasquismo, según Vergara) están "enterradas" o han sido arrasadas por la fuerza de los acontecimientos a fines del siglo XX. La que sobrevive, con tensiones y graves conflictos, es la vieja promesa republicana nacida en el momento en que los criollos lograron la independencia del yugo español y que consiste en un viejo anhelo de un "orden fundado en la igualdad de los ciudadanos" y en "la capacidad de participar en los asuntos públicos de la misma manera que cualquier otro ciudadano".

La promesa republicana nunca se ha concretado y es más bien –sostiene Vergara– un fracaso sistemático. Este conviviría en relación de desencuentro con

la promesa neoliberal, la cual sí ha logrado éxito a partir de los años 90 y consiste, esencialmente, en el desarrollo del mercado sin presencia del Estado y en la redistribución de la riqueza gracias a la competencia económica, con las consiguientes desigualdades que esto acarrea. Pero en este camino de mercados desregulados, crecimiento económico imparable, consumismo generalizado, emprendimiento e inversión privada nacional e internacional, se dejó de lado las instituciones democráticas o republicanas; es decir, el anhelo de un Estado fuerte donde funcionen correctamente los deberes y derechos. La restricción al mínimo de la actividad estatal que pedían los neoliberales redujo al mínimo la posibilidad de consolidar la democracia y la ciudadanía. Por esta razón vivimos ahora a merced de la inseguridad y la corrupción.

Pero más allá de la construcción intelectual, de las ideas y los proyectos políticos y económicos, el Perú es también un estado de ánimo, una serie de preguntas sin respuestas, una relación de amor-odio entre los ciudadanos y una República inexistente. ¿Cuál es la forma más acertada de entender individual y socialmente este accidentado y maravilloso país? Las respuestas son, desde luego, múltiples y falibles. ¿Uno es de donde nace? ¿O uno es de donde ama, come o muere? ¿La única patria verdadera es física o sentimental?

¿Existe una peruanidad? ¿Puede uno tener una relación de amor-odio con el Perú? En principio, uno ama y odia lo que tiene forma, no lo abstracto. Pienso que el Perú es un concepto muy gaseoso, un rabo de nube, una coartada de quienes creen en el himno nacional o en la "carne de gallina". Este país es, a veces, una frase tipo "Te amo, Perú". Otras veces un sabor: el cebiche; un mejor tiempo pasado: la selección de fútbol del 70; un orgullo mitad turístico mitad chauvinista: Machu Picchu; una ficción: un mendigo sentado en una banco de oro; y hasta una realidad que supera a la ficción: la economía está bien, pero los pobres van de mal en peor.

Este país es visceral, está en el torrente sanguíneo, en el *tic tac* del corazón, en las calles, en los microbuses, en el griterío, en los bares, en los periódicos y en los *grafitis*. Es el infierno tan temido y el cielo tan buscado. Uno es peruano a su pesar y a su favor. Creo más, en este sentido, en las desconcertadas gentes que pueblan este país, que en las escarapelas de metal que se colocan alcaldes y congresistas en las solapas durante fiestas patrias; o en la nostalgia barroca de un peruano exiliado, que en las agitadas banderitas que evitan la multa del municipio patrioter. El Perú es una acreencia. Una utopía. Un soñar despierto. Un fuego escondido en el corazón. Un chicle espeso en el alma. No obstante, no soy ni patriota ni patrioter. La peruanidad es como un puñal que atraviesa el centro de nuestro ser.

Plástico problema

...those plastic bags
that time cannot decay.

Leonard Cohen

Estoy seguro de que la fabricación de bolsas y botellas no reciclables debe ser prohibida por el Estado. Como el Estado peruano no existe, no hay quien lo prohíba: "hacer objetos de plástico, tuberías, juguetes, nos dicen, es un negocio decente que paga impuestos..."

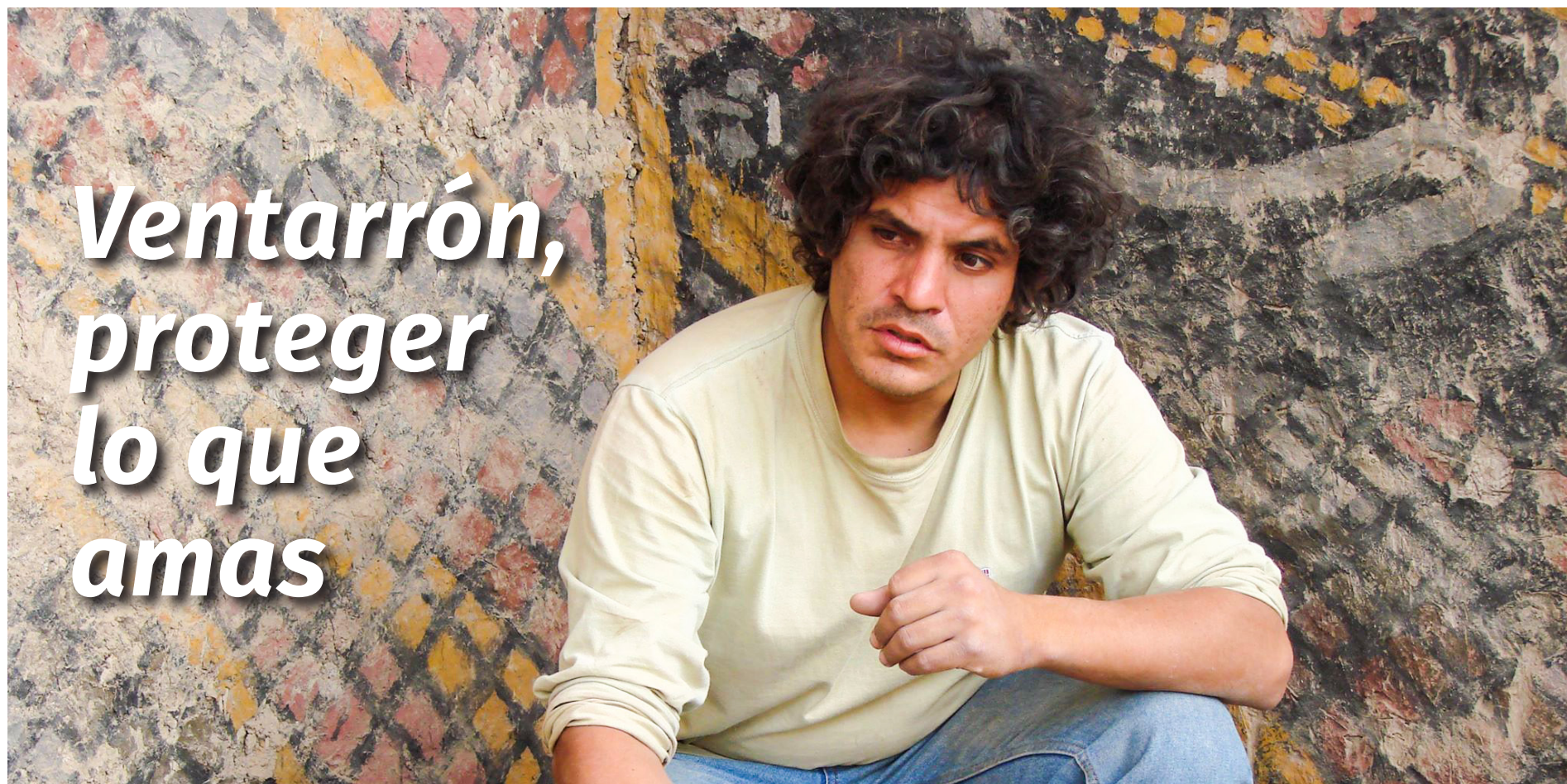
Pero en el otro lado de la balanza está la polución permanente de todo el Perú. El río de Ica carga al mar toneladas de botellas y bolsas plásticas que ensucian todo el curso de ese divino río, el *Icamayu*. En el más remoto desierto de nuestro país de desiertos o en la última puna donde solo habita el *chutoruna*, las bolsas y las botellas de plástico ensucian bellísimos cursos de agua.

Sí, el problema es la basura. Hasta hace apenas 50 años casi toda la basura era orgánica y reciclable. El plástico es otra cosa: es urgente que ciudadanos conscientes presionen para que las autoridades existentes o las que hayan de venir prohíban la fabricación de botellas y bolsas de plástico, y que se haga campañas de limpieza en cada una de las cuencas del Perú para recoger todo el plástico que en nuestra insensatez le hemos tirado a la *Pachamama*.

ALBERTO BENAVIDES GANOZA



TU PUEDES VER LA DIFERENCIA.
UNA TORTUGA NO.



Ventarrón, proteger lo que amas

Ignacio Alva Meneses es un arqueólogo y artista autodidacta. Es también un libre pensador, un acucioso investigador, un agricultor y el amoroso padre de cinco niños. En el 2007 descubrió el mural de color más antiguo de las Américas, en Ventarrón, Lambayeque, y levantó allí su hogar con barro y algarrobo a la antigua usanza de los moche. Desde entonces se ha dedicado a dar clases universitarias, escribir y hacer publicaciones, asesorar empresas en el rubro arqueológico y a atender su entrañable chacrita de frutales nativos.

El Ojo Interior conversó con él sobre temas esenciales de nuestra realidad a través de su informada y profunda perspectiva.

¿Cómo fue tu tránsito hacia la arqueología, Nacho?

Al ser la profesión de mis padres estuve siempre vinculado a la arqueología. Desde niño conocí templos recónditos, crecí a la luz de un descubrimiento tan importante y espectacular como el de las Tumbas Reales de Sipán, excavadas a lo largo de varios años. Desde 1987 me interesé por el significado de la iconografía a medida que fueron recuperándose los maravillosos tesoros. Pero al cursar el primer año de arqueología en la Universidad Nacional de Trujillo una crisis vocacional me tentó con la idea de escapar de la sombra de mis padres. Así dejé temporalmente

la universidad e intenté encontrar en el arte el camino del creador; abordando distintos materiales, técnicas y estilos en una búsqueda autodidacta, encontraba alivio e inspiración en largas caminatas por el campo y el litoral. Fue en esos paisajes donde paradójicamente volvía a encontrar -en los testimonios arqueológicos- poderosas presencias, fabulosas imágenes y signos que trascienden todas las formas del arte moderno. Reencontrando la vocación y aceptando mi destino retomé la carrera con una perspectiva más profunda y madura, ahí conocí a Mariella, mi compañera; entendí que lo mejor de la enseñanza está contenida en libros de autores como Mircea Eliade, Alberto Flores Galindo, Claude Lévi Strauss. La arqueología no solamente revela e interpreta las sociedades del pasado, muestra el brillo de ideas y valores eternos.

¿Cuál fue tu experiencia en la investigación de Huaca Ventarrón?

A fines de los años 80 el trabajador Luis Inga invitó a mi padre a visitar la huaca Ventarrón, en el pueblo del mismo nombre donde él vivía. Recorrimos el templo destruido y en los pozos de saqueo pudimos observar parte de los murales que luego se descubrirían. En ese momento entendimos que se debía proteger el templo de pobladores que lo habían convertido en una cantera para la fabricación de adobes. Pasaron los años y yo retornaría permanentemente a Ventarrón

atraído por la belleza del paisaje y la cercanía del río, contemplando siempre la posibilidad de excavar los murales del templo; sin embargo, las posibilidades de financiamiento para una investigación eran nulas hasta el año 2007, en el que se crea la Unidad Ejecutora para la Exploración Arqueológica en Lambayeque. Ese mismo año elaboré el proyecto de investigación y comencé a excavar en el mes de agosto, las primeras acciones fueron remover los escombros del saqueo y cantera, logrando identificar de ese modo una serie de componentes y fases constructivas del templo primigenio que contiene los murales más antiguos de todas las Américas: es contemporáneo a Caral y a las grandes civilizaciones universales. Las excavaciones se mantuvieron sostenidas hasta el año 2011, pero en adelante a pesar de los extraordinarios resultados obtenidos, el mal manejo político y burocrático del órgano estatal del cual depende la investigación fue desactivando las actividades de excavación, conservación y gestión del monumento, limitando mi participación en la dirección del proyecto y escatimando los gastos de mantenimiento a pesar de haberse logrado su puesta en valor y cobro oficial para la visita turística. El 12 de noviembre de 2017 un incendio provocado por las malas prácticas en la quema de caña de azúcar de los campos colindantes, redujo a cenizas los almacenes del proyecto destruyendo importante material arqueológico recuperado, e incendiando también todas las cubiertas que protegían la arquitectura

expuesta y puesta en valor; en todo momento, el ministro de Cultura que se apersonó al lugar y los representantes locales, intentaron minimizar las pérdidas y mostraron un falso optimismo sobre la recuperación del lugar. Sin embargo, desde el siniestro han pasado cinco meses y solamente se ha cubierto el 30% de las áreas afectadas que siguen expuestas a la intemperie, y no se ha hecho ningún avance en la restauración y protección con cubiertas. Ventarrón demuestra con todos los rasgos patéticos y agravantes el encono y envidia profesional, el abandono del Estado, falta de voluntad e interés por un legado que debería ser entendido en su magnitud, como cuna de una de las civilizaciones más antiguas, longevas y notables de la humanidad.

Valores del antiguo Perú que deberían renacer... ¿qué nos puedes decir de esto?

La investigación del templo primigenio Huaca Ventarrón, ha permitido revelar el origen y significado de los símbolos e ideas sagradas. En la primera fase del templo descubrimos el trono desde donde gobernaba una autoridad matriarcal, en las etapas siguientes el poder político se dividió en parcialidades masculina y femenina, entendimos así que los conceptos de la arquitectura y el arte organizaban a la sociedad, referidos al culto a la mujer como origen de la vida, y al equilibrio dual como fundamento universal: la vida es producto de la relación fecunda entre el cielo masculino y la tierra femenina. En esa cosmogonía no existían pares enfrentados por la lógica del bien contra el mal, sino opuestos complementarios que tejen las estructuras binarias de la vida.

Quizás el legado más importante de nuestras milenarias culturas son sus cosmogonías que empiezan a revelar la profundidad de su discurso filosófico, vertido con un profundo respeto y agradecimiento a la naturaleza y al carácter imperturbable del tiempo y su equilibrio. Una ideología perfecta e inmutable permitió el esplendor de longevas civilizaciones: valores fundamentales y ritos de agradecimiento a la madre Tierra, a los ancestros, a la energía del sol, estaban enfocados en los aspectos tangibles de la transmisión de la vida. En Ventarrón el rito principal era la incineración de ofrendas dirigidas al cielo, forma de agradecimiento al cosmos que pervive desde hace 5000 años, sobreviviendo en algunas comunidades del país en la forma de pago a la tierra o Pagapu. Podríamos rescatar antiguos valores, mediante la reivindicación ideológica, que a pesar de siglos de destrucción han sobrevivido y muestran el brillo elevado de la verdad. Otro punto de reflexión a partir de la arqueología sería entender que nunca existió la unificación nacional del Perú, sino más bien varias esferas culturales, que albergaban estados confederados entre los cuales existía una rivalidad positiva, en teoría arqueológica, "emulación competitiva". Un modelo cultural que permitía imitar los logros vecinos para equipararse y superarlos, de tal manera que se establece una competencia permanente por el desarrollo entre ciudades y reinos que genera progreso descentralizado. La

idea del Perú como un país unificado resulta la treta más cruel de la historia, la ilusión que nos condena al centralismo devastador, a la ruina del país que seguimos construyendo con destrucción y negación de nuestras memorias, fundidas en el crisol nacional con gastronomía y fútbol. Es tan amplio el legado de las culturas milenarias que podrían encontrarse valores y enseñanzas para cada ciencia y quehacer: agricultura, ingeniería, arte, administración pública, gobierno, economía, industria alimentaria, textilera, orfebrería, metalurgia, aportes que se han extendido y han repercutido muchas veces a nivel mundial. La domesticación de una amplia variedad de cultivos es el más importante legado de nuestra cultura a la humanidad; papa y camote salvaron y salvan continentes enteros de hambrunas, la arqueología demuestra no solamente el manejo genético de cultivos, sino también la capacidad de aprovechar al máximo la producción preparando alimentos desecados y harinas a partir de gramíneas, tubérculos y cucúrbitas. Del mismo modo que las áreas sembradas en tiempos precolombinos se han reducido hasta la actualidad, se han reducido también nuestras capacidades para aprovechar eficazmente los recursos y evitar el desperdicio y la escasez. El empobrecimiento de nuestras culturas reducidas a una sola identidad -que pretende soportar tal complejidad-, ha subvertido las máximas que regían el orden social del antiguo Perú: no robarás, no mentirás, no rehuirás.

Cuéntanos tu experiencia con las plantas sagradas...

La costa norte es una de las regiones del Perú donde el chamanismo perduró como la primera forma de liderazgo y conocimiento. Manteniendo su injerencia en los sistemas de creencias a lo largo de cinco milenios, el chamanismo resurgió como mecanismo de resistencia cultural durante la Colonia, usando credos y deidades hispanas. El sincretismo cultural producto este proceso ha generado una tradición poderosa de curanderos y brujos, algunos reconocidos y temidos, un universo mágico paralelo que opera con un sistema de ritos e imágenes. En arqueología las imágenes del cactus San Pedro y de instrumental para ingerir hasta tres tipos de plantas sagradas de gran poder, han llamado la atención de algunos arqueólogos, aunque no lo suficiente para entender que estas plantas fueron los más importantes catalizadores de una sociedad oferente ante las fuerzas del cosmos, vehículos del conocimiento, dádivas de los dioses. Como arqueólogo y artista, el interés y la curiosidad por ese otro mundo me llevaron a experimentar incipientemente la toma de San Pedro. En un primer momento logré una preparación concentrada que permitió conocer el gran poder de la planta, su capacidad de elevar los sentidos y sensaciones hacia la contemplación y propósitos espirituales: la transformación felínica dilata las pupilas y permite observar las presencias sutiles, la bruma entre las nubes densas muestra el cuerpo completo de enormes figuras caleidoscópicas, gigantescas y perfectas formas del agua rodeadas de destellos y arcoíris: la gran puerta de la percepción se abre e invita a atravesarla sin temor. El gran secreto

para cualquier mago o usuario debe ser entender que las plantas proceden de la naturaleza y hacia ella conducen, que son el amor mismo de la tierra y el puente tendido hacia el espíritu de la vida. Más adelante todas esas percepciones personales fueron cotejadas y reconducidas hacia el conocimiento de la tradición norteña y amazónica por el maestro y amigo Pedro León. Si el San Pedro potencia la capacidad de percepción y entendimiento, Ayahuasca reúne todos los universos y tiempos en una visión fugaz que enlaza el mundo onírico con las grandes presencias y espíritus. La experiencia con las plantas de poder, a mí, como a un hombre del pasado viviendo en el presente, ha significado la cumbre del gran contacto, el honor de haber recibido el gran legado natural.

La familia, el hogar evidentemente es importante... ¿cómo lo ha sido para ti?

El refugio en el arte llevaba para mí un signo de ermitaño. El descontento ante la vida en la ciudad, la absorción del sistema, la superficialidad de la gente, me hicieron ver en el arte el camino del pensador, del misántropo concentrado en el pulimento personal. Pero siempre mantuve despierta la voluntad de transformación y búsqueda, sabiendo que el amor y la amistad son los motores de la vida. Al reiniciar la Universidad tuve como compañera de estudios a Mariella. Nuestra relación de condiscípulos marcó un vínculo indisoluble de amistad y camaradería. Nuestro primer hijo nació faltando pocos meses para terminar los estudios. La responsabilidad en tiempos de incertidumbre permite crecer con aceptación y confianza. Mucho de nuestras historias de la infancia coinciden. Sabemos que nos conocemos de toda la vida porque sabemos entender, perdonar y respetar, exigiéndonos en educar en libertad a nuestros hijos. Vínculos comunes nos hacían añorar la vida del campo. Después de algunos años de sufrir minidepartamentos, prófugos de la ciudad, supimos conducir nuestro ideal y esperanza hasta la casa de campo que diseñamos y construimos juntos; nuestra última hija nació en la casa... el cerro sagrado se eleva en la frontera de la huerta, se puede caminar por el campo y llegar al río. Siempre fue un privilegio caminar por estos lares, invitar a los amigos a disfrutar la vida: ahora mi hogar y mi familia están al centro de este paisaje y puedo darles lo mejor que he recibido.

¿Qué es la felicidad para ti Nacho?

Se dice que la felicidad no es un estado permanente si no el gozo de ciertos instantes. "Felicidad es hacer los que nos gusta con la misma seriedad con la que jugábamos de niños", dice Nietzsche; el trabajo debería aspirar ese sentido de integridad. Estabilizar el sentimiento de felicidad es encontrarla en la familia, en el cultivo del jardín, los amigos. La felicidad decanta costumbres y espacios comunes. Pero los que hemos sabido captar desde niños la belleza del campo y el paisaje, el poder de la vida, la intensidad de la contemplación, podemos -en estado de felicidad permanente- entregarnos a la dicha cotidiana.

Tesla, el mundo es como es, no como quisiéramos que fuera



Pedro Diez Canseco

La ciencia es mucho más que un conjunto de conocimientos o un instrumento político: es una forma de pensar. Y es, ante todo, una empresa colectiva que gracias al esfuerzo de hombres y mujeres valientes e inteligentes ha ido perfilando una visión consistente y útil del universo en que vivimos. Una visión que necesita imaginación y especulación, pero también escepticismo y rigor procedimental. El único dogma en la ciencia es, o debería ser, que no hay dogmas. Por desgracia mucha gente, por motivos ideológicos o por simple ignorancia, maneja un concepto distorsionado de la ciencia y los científicos y, así como desconfía de la ciencia, usa sin remilgos los productos que derivan de ella, como los teléfonos celulares, las computadoras, los automóviles, la luz eléctrica, la televisión, el GPS, los electrodomésticos, los anteojos, la anestesia, los implantes dentales y los aviones, por ejemplo, si bien recela de otros, como los antibióticos, las vacunas, los cultivos hidropónicos o los conservantes de alimentos. Esta curiosa esquizofrenia los conduce a considerar a ciertas figuras preponderantes de la ciencia o de la ingeniería como una suerte de mesías del bienestar universal brutalmente acallado por intereses malignos. Suponen que fue el caso del serboestadounidense Nikola Tesla (1856-1943).

Tesla, que estudió ingeniería eléctrica, ingeniería mecánica y física, fue ante todo un inventor. Era capaz de resolver mentalmente ecuaciones diferenciales y representarse el funcionamiento de complejos dispositivos. Solo en Estados Unidos se le adjudican casi 300 patentes. Fue respaldado por grandes empresarios, como J. P. Morgan y George Westinghouse. Trabajó para T. A. Edison, que quizás lo estafó al no pagarle lo prometido, pero Tesla nunca detestó al inventor estadounidense, como dice la leyenda; al contrario, siempre le dedicó grandes elogios. Sin embargo, Tesla era tan ingenioso en su campo como torpe para las finanzas. Fue la comidilla del periodismo especializado hasta la década de 1930, cuando sus extravagancias y opiniones a destajo superaron a su ingenio práctico y cayó en descrédito. Pero no murió en la miseria ni mucho menos, pues Westinghouse le proporcionó una pensión vitalicia que no estaba obligado a darle y el ingeniero pudo vivir siempre en el hotel New Yorker, no el más caro pero de ningún modo un hotel barato. De paso, Tesla no aceptaba –como varios científicos de su época, hay que decirlo– las mayores revoluciones científicas de su tiempo: rechazó la Teoría de la Relatividad de Einstein y la división del átomo. Murió pensando erróneamente que los átomos eran indivisibles, que el universo estaba permeado por el éter (sustancia hipotética cuya inexistencia demostraron Einstein y

otros) y que la radiactividad no se originaba en la Tierra sino que se debía a “rayos cósmicos”... que existen, pero son precisamente fragmentos de átomos entre otras cosas.

Quienes han convertido a Tesla en un mártir de la “energía gratuita” no quieren saber que nada es gratuito ni lo fue nunca. La energía del sol no es “gratuita”: primero, porque el sol no es eterno, agota su combustible, el hidrógeno, y dentro de unos miles de millones de años se extinguirá, y segundo, porque nosotros la aprovechamos gracias a la recolección sistemática de los transformadores fotosintéticos vivientes (agricultura) y la fabricación de celdas solares, lo que ya implica trabajo. Y si queremos encender una hoguera, tenemos que acarrear leña y frotar pedernales (o fósforos, lo que ya implica una fábrica) para encender el fuego, lo que también significa un gasto energético que reponemos comiendo lo que nosotros mismos u otros, con el inevitable gasto, han acopiado o cazado. Cuando esto mismo se extrapola a una sociedad tan compleja como la actual, con sus necesidades enormes de energía y sus injusticias distributivas, vemos que siempre tendrá que haber alguien o algo que ejecute el gasto. Y no me refiero a lo social, que tiene para largo, sino a las leyes de la naturaleza. Es decir, podemos ordenar nuestra

sociedad de modo que maximice el bienestar per cápita, pero no podemos saltar por encima de la segunda ley de la termodinámica, que estipula que todo trabajo eficiente disipa una parte de la energía entrante en forma de calor, una agitación molecular inútil e irreversible.

Sigamos: don Nikola no inventó la corriente alterna, que simplemente está allí, como el agua o los árboles (consiste en un flujo de electrones cuya dirección cambia en ciclos y se usa en los tomacorrientes, a diferencia de la corriente continua, en la que los electrones siguen siempre la misma dirección y se usa en las linternas por ejemplo); sí consiguió, en cambio, demostrar que es más fácil de manipular y transmitir que la corriente continua por la que Edison apostaba mafiosamente, y en consecuencia fue apoyado por financistas, que no eran tontos. Pero Tesla los terminó defraudando, pues no se preocupaba mucho por ser exhaustivo en sus experimentos, le bastaban unas cuantas pruebas exitosas y en seguida se entusiasmaba con proyectos inabarcables. Así pasó con la torre de Wardencllyffe, una inmensa bobina pensada para usar el planeta entero como un cable conductor y enviar energía a cualquier otra parte. Pero nunca averiguó qué tan lejos podía llegar la energía transmitida de esa manera, y esa gigantesca bobina no creaba energía de la nada (de nuevo, el universo no funciona así), sino que era alimentada por un generador Westinghouse de 200 kilovatios. La torre, ya vacía, fue dinamitada por el gobierno para no servir de orientación a los submarinos alemanes. Tampoco inventó la bobina que lleva su nombre ni el generador de corriente alterna (a principios del siglo XIX el físico Hippolyte Pixii ya lo había hecho, basado en los descubrimientos de Michael Faraday: la ciencia es una empresa colectiva transgeneracional) no un aparato antigravitacional (!) ni mucho menos un «rayo de la muerte» (!!) capaz de destruir diez mil aviones a cuatrocientos kilómetros de distancia, pero sus declaraciones y el hecho de recibir dinero alemán por sus patentes durante la Primera Guerra Mundial sobresaltaron al FBI, que metió las narices en el asunto,

En resumen, Tesla no encontró ningún principio físico que subsumiera las leyes de la termodinámica, ni nos dio pista alguna de que en el futuro ese principio pudiera ser descubierto. No fue, pues, el padre ninguneado de la “energía gratuita”, pero sí un ingeniero muy hábil con una visión de futuro deslumbrante y una generosidad extraordinaria, que inventó entre otras cosas el mando inalámbrico y muy probablemente la radio (Marconi le ganó la patente).

Tampoco es verdad que fuese olvidado adrede. Muchas de sus ideas han sido la base de posteriores inventos y, de hecho, la unidad de medida oficial de la densidad del flujo electromagnético es el tesla.

Pero no intento opacar a Nikola Tesla, cuyos méritos son más que suficientes para darle un puesto de honor en la historia del desarrollo de la técnica. Más bien, quiero mostrar que la desinformación cunde en los medios de comunicación, especialmente en Internet, en blogs amarillistas pero también en portales aparentemente serios. Lo primero que debemos comprender es cómo funciona la ciencia en líneas generales. Según la materia abordada, la ciencia emplea uno de sus varios métodos. En el ámbito de la física y la química, las ciencias naturales por excelencia, primero está la observación de los fenómenos o de alguna anomalía en los fenómenos. Entonces se elabora una hipótesis que dé cuenta de ello. Acto seguido, se diseña un experimento para comprobar si la hipótesis es correcta. Realizado el experimento (o varios) sabremos si la hipótesis explica o no los hechos. Si no lo hace, la desechamos y elaboramos otra y el proceso se repite. Pero eso no basta: otros científicos deben ser capaces de conseguir los mismos resultados, o muy parecidos, si siguen rigurosamente nuestros pasos. De ser así, la hipótesis se da por válida, se inserta en el corpus del conocimiento, al que puede modificar, y entonces, si el ámbito de acción es lo bastante amplio, tenemos una nueva teoría, la misma que estará todo el tiempo a disposición de quien piense que puede modificarla o refutarla con nuevos experimentos o hipótesis. La palabra teoría en el habla cotidiana significa suposición sin mayor fundamento (“mi teoría es que dejaste tu celular en el cine, no en el taxi”), pero en ciencia es una suposición demostrada. Y estas teorías, en conjunto, conforman un modelo del mundo, es decir una imagen simplificada pero funcional de la complejísima realidad. Con el tiempo los modelos cambian, son reemplazados por otros más afinados según las nuevas evidencias. La más empírica demostración de que la teoría electromagnética, la física cuántica y la química son conocimientos reales es que el televisor de tu casa y tu equipo WiFi funcionan.

Además, la ciencia opera como un todo coherente. Si no hablamos de un cambio de modelo, que sería el resultado de montones de observaciones nuevas y explicaciones comprobadas que apuntaran en otra dirección, todo descubrimiento puntual tiene que insertarse dentro de ese corpus general. Por ejemplo, cada vez es más improbable –por decirlo suavemente–

que se descubra que la Tierra es plana y no algo parecido a una esfera. Podría ser, desde luego, pero hay más chance de ganar el premio gordo de la lotería diez veces seguidas... El científico debe sopesar las evidencias disponibles, dominar abstracciones específicas, ejercitar su imaginación hipotetizadora y sobre todo aplicar con el máximo rigor posible los protocolos de investigación, sin torcer sus impresiones o comunicados por asuntos de ego, prestigio o presiones. No todos lo consiguen, porque son humanos, pero la ciencia es tal vez el método de conocimiento autoperfectible más confiable que haya ideado jamás la humanidad. Si bien la verdad última no existe en la ciencia, esta se basa en algunos supuestos metafísicos, como que el universo está sometido a regularidades que llamamos a veces “leyes naturales” y que es cognoscible por la razón y la experimentación. También se sostiene que todo lo que sucede a nuestro alrededor tiene una causa natural. Aunque el científico profese una fe religiosa o posea algún tipo de espiritualidad, debe dejarlas fuera cuando actúa como científico; la discusión sobre las causas últimas y sobre el porqué de la existencia es válida, pero en el ámbito filosófico. Esta discusión no estorba a la ciencia, como piensan los neopositivistas. También se acepta pensar en ámbitos de acción mayores, como habría hecho Einstein (retrospectivamente) al establecer una explicación de la gravedad que no invalida la de Newton sino que la convierte en la expresión local de principios más amplios.

Recordemos siempre, pues, que la ciencia es una forma de interrogar el mundo, de aceptar que es como es y no como en nuestros sueños deseáramos que fuese. Podemos modificarlo para bien, pero si partimos de una base sólida. El futuro está ahí, se expande día a día con las posibilidades del grafeno, la exploración espacial, las terapias génicas, las intercomunicaciones, la cibernética, las energías limpias y tanto más, fruto de la curiosidad humana y de la acción conjunta de la inteligencia, la metodología y la inversión de fondos públicos y privados, del trabajo de seres humanos brillantes y muchas veces éticos (como lo fue Tesla), pero no de mesías tecnológicos que solo existen en los delirios de la ignorancia, los anuncios de los estafadores y la necesidad de creer en soluciones fáciles. Colaboremos todos informándonos adecuadamente, respetando el trabajo de los científicos y no dejándonos llevar por la visceralidad o la paranoia. Será la mejor manera de honrar a gente como Nikola Tesla.

Paramahansa Yogananda

Maestro espiritual y yoga hindú

*He soñado muchos sueños, pero ahora ya estoy despierto.
En el altar de mi alma mantengo encendido
el fuego de tu constante recuerdo.
Con mis insomnes ojos de amor,
contemplo sin cesar tu rostro.*

*Por tu gracia sé que la salud y la enfermedad,
la vida y la muerte, no son más que sueños.
He dejado atrás todas las historias oníricas,
pintadas con tonos brillantes y oscuros
sobre la pantalla cósmica de la ilusión.
Ahora te contemplo a Ti
como la única Realidad.*

*Desconecté los rayos de mi mente del reducido campo de los sentidos,
y los conecté a un territorio sin límites. La aurora de mi atención
se extendió en todas direcciones.
La realidad ya no se hallaba oculta tras la carne y las apariencias.
Estuve en regiones sin velo,
y encontré arroyos de pensamientos brillantes e impetuosos.
Percibí las ondulantes corrientes de los milenios, de civilizaciones nacidas y por nacer.
En ritmos infinitos, danzó en mí todo el futuro.*

*¡Oh Risa Silenciosa del Espíritu! Sonríe a través de mi alma,
y permite a mi alma que sonría a través de mi corazón, y a mi corazón que sonría a través de mis ojos.*